

La Reina Maga

Covadonga González-Pola Jaquete

Mientras me pintaba la cara con el corcho quemado, resoplé, desganado. Siempre me había costado mucho decir que no y, en mi estado de ánimo, evidentemente no había podido resistirme. Allí me encontraba, disfrazándome de Rey Mago para la cabalgata de mi pueblo. Para mí las fiestas habían concluido hacía ya algunos días, pues, tras un muy mal año, había decidido pulirme lo poco que me quedaba en olvidarme de ello la noche de Año Nuevo, a base de cubatas, champán, confeti, cotillón e incluso chocolate con churros. Tristemente, el dolor de cabeza que me había despertado la tarde del día 1 de enero, trajo de su mano a la descarriada amargura, y se volvió a quedar conmigo.

El caso era que les había fallado Baltasar en el último minuto y mi amigo había decidido aprovechar la ocasión para pasarse a “intentar animarme”, según dijo, y pedirme ayuda en aquel berenjenal, asegurándome que, sin lugar a dudas, aquella experiencia me animaría y me haría ver las cosas de otra manera.

En fin —me dije mientras acaba de pintarme la parte del cuello que aún se me veía por encima de la túnica —, ya no hay vuelta atrás.

Acto seguido, me puse un turbante de color rojo metalizado, coronado por una pluma medio quebrada que colgaba triste, como marchitada, por culpa del repetido uso del complemento, Navidad tras Navidad. Mi amigo me ayudó a ponerme el manto azul brillante, rematado por una franja de peluche blanco con motas que imitaban a leopardo y que pretendían hacerme parecer más majestuoso. Unos guantes escondieron mis pálidas manos y, lo siguiente que recuerdo es cómo avancé, subido en la carroza, entre la multitud, con los agudos y emocionados chillidos de los niños ensordeciéndome y mi vista perdiéndose entre cientos de manos abiertas hacia el cielo, pidiendo más y más caramelos.

Lo cierto era que mi amigo había acertado: el contagioso entusiasmo de los niños había logrado eclipsar mis preocupaciones mucho más que mi alocada Noche Vieja. Así, animado por la ilusión reinante, me senté en un trono de cartón piedra y comencé a recibir a los niños a los que, con cariño, sentaba en mis rodillas y conversaba un rato con ellos. El entusiasmo de sus rostros, el brillo e sus ojos, con el corazón a punto de salirseles del pecho. No podía dejar de sonreír. Hasta que llegó ella.

—¿Cómo te llamas?

—Rebeca —me respondió la niña mientras, algo nerviosa, jugaba con el extremo de su trenza de raíz.

—¿Y has sido buena este año?

—Sí, sí —aseguró, algo nerviosa, mientras esquivaba mi mirada.

—¿Y qué nos has pedido este año en la carta?

Un equipo de médico, una barbie y el barco pirata de Playmobil —dijo. Estaba emocionada, pero a la vez, la noté más seria que a los demás niños.

—¡Qué bien! Pues no te preocupes, porque te vamos a traer muchas cosas, porque has sido muy buena. Ahora, cuando llegues a casa, deja tus zapatos en el sitio de siempre y ¡duérmete pronto! Así la noche pasará rápido y por la mañana estarás jugando muy contenta. ¡Venga corre!

—Gracias —dijo, con una sonrisa algo forzada.

Pero no se fue. Vacilaba.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

La niña dudaba. Pero finalmente, se decidió a hablar.

—¿Puedo pedir una cosa más?

La grave expresión de la niña me asustó un poco.

—Claro, ¿qué quieres pedir?

—Un padre.

Me quedé de piedra.

—¿Un padre?

—Es que, hace unos meses, mis padres se divorciaron y mi padre se fue de casa. Y desde entonces estamos muy tristes. Mi madre y yo.

Tragué saliva y respiré hondo. Se me estaba partiendo el corazón.

—Lo siento mucho Rebeca. Bueno, tú no te preocupes. Lo que tienes que hacer es rezar mucho al Niño Jesús, y verás como todo va a mejorar y pronto estaréis más contentas. Venga, no te preocupes, ¿Vale?

Le di un abrazo a la niña y le planté un beso en la mejilla. La pobrecita, se marchó un poco cabizbaja hasta donde estaba su madre, esperándola. Y cuál no sería mi sorpresa al reconocer a la madre de la niña.

Era Elisa. Estaba igual que en el instituto, tan sólo un poco más ojerosa de lo que cabría esperar. Llevaba años sin verla, desde que los dos habíamos acabado COU. Incluso, habíamos salido un par de veces cuando teníamos unos 15 años, aunque con el verano de por medio, la relación se había enfriado muy rápidamente.

Cuando llegué a casa no podía quitarme del todo la pintura negra, mi preocupación por Rebeca y por su madre.

Me senté, pesadamente, en mi sillón favorito y recordé, una y otra vez las palabras de la niña. Deseé saber quién era el padre que las había dejado solas para ir a darle un buen puñetazo en la cara. Miserable... Aunque, me dije, aquello no les iba a servir de nada. Sentía en mis entrañas el impulso de hacer algo, de resolver aquella injusticia. ¿Pero qué podía hacer yo? Últimamente no me consideraba más que un acabado, pero aquellos niños me habían hecho sentir que podía hacer algo bueno, a veces era más sencillo de lo que uno imaginaba.

Pensé largo rato, hasta que finalmente me puse en pie y bajé al trastero. Siempre he sido muy ordenado y nunca tiro nada. Encontré enseguida lo que buscaba: una pequeña agenda donde había ido apuntando los números de móvil de mi gente de la época del instituto. Por aquel entonces era de esos que decían que nunca tendrían móvil y, sí, soy de esos que dicen ahora que nunca tendrá Facebook. El caso es que allí estaba el número de Elisa.

Subí de nuevo a casa, me puse un café y, sentado de nuevo en mi sillón, marqué, algo nervioso. Deseaba con todas mis fuerzas que no hubiera cambiado de número. Un tono, dos tonos, tres, un ruido sordo indicó que el teléfono se había descolgado. Una voz que estaba aparcada en mi memoria, respondió al otro lado.

—¿Sí? — dijo.

—¡Elisa! Hola, soy Juan, del instituto, no sé si te acordarás de mí. Te he visto en la cabalgata con tu hija antes. Supongo que no me has reconocido, porque iba vestido de Baltasar, pero...

Elisa estaba muy sola, salvo por su hija. Y lo supe por lo bien que le pareció verme para contarme cómo estaba ella, después de lo que había oído decir a Rebeca.

El caso es que mi idea había sido quedar sólo como un antiguo amigo, para saber qué tal estaba, ver si podía ayudar en algo. Pero, poco a poco, día tras día, volvimos a hablar, a vernos con regularidad, a recordar los viejos tiempos.

Y lo cierto es que, desde aquella cabalgata, tampoco recuerdo muy bien cuáles eran todos esos terribles problemas que me habían hecho estar tan mal tan sólo unos días antes. O, tal

vez, me sentía de nuevo ilusionado, como un niño, y todo lo demás ya no era tan terrible.

Cuando, un año y medio después, Elisa y yo nos casamos, Rebeca, entusiasmada, les decía a todo el mundo que había sido el rey Baltasar, al que ella le había pedido un padre, quien había hecho que su madre y ella volvieran a estar tan contentas.

De lo que Rebeca no fue consciente fue de que, en realidad, tanto su felicidad, como la de su madre y, por supuesto, la mía, sólo habían sido posibles gracias a ella. Porque no son los Reyes Magos los que traen la magia. Son los niños los que nos la regalan.